Rusia y China, ¿Amigas para siempre?

Por: Rafael Poch

Región: China, Rusia

Globalizacion, 07 de febrero 2021
Rebelión 6 febrero, 2021

Sobre los problemas de su alianza, forjada por la estupidez de Washington. La cooperación ruso-china es cada vez más estrecha y se extiende a ámbitos sensibles antes inimaginables. En octubre de 2019 el Presidente Putin reveló, por ejemplo, que Rusia está ayudando a China a crear un sistema de alerta para ataques de misiles, lo que parece anticipar un sistema integrado y un rudimento de alianza militar defensiva. Esos son, ciertamente, avances mayores.

En la misma línea, la última gran declaración conjunta chino-rusa, la de Moscú del pasado 11 de septiembre, ofreció todo un catálogo de la ampliación de la sintonía entre Moscú y Pekín sobre la situación internacional. (Recordemos que la primera visita al extranjero de Xi Jinping como Presidente fue a Rusia). Aquella declaración mencionaba la campaña y politización antichina con motivo de la pandemia (el "*virus de Wuhan*" de Trump), la campaña europea y americana para minimizar la decisiva aportación de la URSS en la derrota del nazismo, y la revitalización de un militarismo sin complejos en las dos potencias derrotadas en 1945: Alemania y Japón. Denunciaba también las sanciones y la presión militar, con ingerencias desestabilizadoras y alianzas con países hostiles para apretar el cerco alrededor de cada una de las dos potencias; la OTAN y el GUAM -Georgia, Ucrania, Azerbaidjan y Moldavia, creada en 1997- en el caso de Rusia, y el *Quad* -Australia, India, Japón y Estados Unidos- en el de China.

"Hasta ahora la entente ruso-china se concentraba exclusivamente en las relaciones bilaterales, pero progresivamente ha pasado a convertirse en una coordinación de la política exterior al principio limitada pero que no cesa de intensificarse", observa el siempre fino analista diplomático indio M. K. Bhadrakumar.

El principal fundamento de esa cooperación general es el común maltrato que ambos países reciben de Estados Unidos. "Los estrategas americanos continúan ignorando la perspectiva de una alianza entre Rusia y China. Asumen alegremente que es posible contener y erosionar gradualmente a ambos países vía sanciones, restricciones comerciales, financieras, de inversiones y tecnología, y, simultáneamente, socavando su estabilidad interna financiando a la oposición interna a sus regímenes con adoctrinamiento de elementos "prooccidentales" de guerra informativa", constata Bhadrakumar.

Un año antes de la importante declaración conjunta de Moscú, también el Presidente del comité permanente de la Asamblea Nacional Popular de China, Li Zhanshu, visitó la capital rusa. Li dijo entonces: "Estados Unidos está llevando a cabo un doble cerco de China y de Rusia e intenta sembrar la discordia, pero nosotros constatamos eso y no morderemos el anzuelo. La principal razón es que disponemos de una base muy sólida para una confianza política mutua". La primera afirmación es correcta, la segunda no: Entre Rusia y China no hay confianza.

Una profunda desconfianza

En la etapa de la "crucifixión" de China (por usar la terminología del gran sinólogo francés Jacques Gernet), los tiempos de expolio y abuso colonial de los siglos XIX y principios del XX, Rusia fue para China un "demonio extranjero" más. En la expansión rusa hacia el este de los siglos XVII y XVIII, los rusos se toparon con los chinos. Hasta 1850, la región que hoy se conoce como el Extremo Oriente ruso (*Dalni Vostok*), desde el Este del lago Baikal hasta el Océano Pacífico, había sido *más bien china*. Dejó de serlo merced el acuerdo de Aigún (1858), uno de aquellos "tratados desiguales" que la debilitada China imperial se vio obligada a firmar con los extranjeros.

En su posterior encarnación soviética, Rusia fue tutora de los inicios de la República Popular China, pero enseguida aquel tutelaje altanero fue percibido por Mao como sumisión extranjera y fue uno de los elementos de la ruptura sino-soviética de los sesenta cuya apoteosis fue la guerra del Ussuride la primavera de 1969. Hasta finales de los años ochenta, la URSS mantuvo 44 divisiones desplegadas a lo largo de sus más de 6.000 kilómetros de frontera con China, trece divisiones más que en el frente occidental contra la OTAN. En 1972, los chinos habían aceptado la entente ofrecida por Nixon y Kissinger con la que Washington incrementó su presión sobre la URSS, y para los militares soviéticos la pregunta de quién era el "enemigo principal" de la URSS no tenía una respuesta sencilla en los años setenta. ¿Cuánta mutua desconfianza genera hoy ese pasado? La respuesta a esa pregunta tiene, seguramente, muchos matices pero, desde luego, no arroja una "base muy sólida para una confianza política mutua".

Los subterfugios de Rusia

El despecho hacia Occidente que domina hoy entre los dirigentes rusos después de la incapacidad europea de asumir el proyecto gorbacheviano/gaullista de una "Europa de Lisboa a Vladivostok" -incapacidad instrumentalizada por la OTAN- desemboca en el coqueteo intelectual con el llamado "eurasianismo": El Presidente Putin dice que Washington es "incapaz de llegar a acuerdos" y su ministro de exteriores, Lavrov, afirma que "debemos cesar de preocuparnos por las afirmaciones de nuestros socios europeos". La mentalidad declarada se podría resumir así: "¿Maltrato, sanciones y atosigamiento militar de Occidente?, pues nos orientamos a China, no os necesitamos". Es más fácil decirlo que realizarlo.

Europa no es, ciertamente, el único mercado (energético) de Rusia, pero sí el más idóneo y en muchos aspectos el más conveniente. Asistí a las negociaciones chino-rusas sobre suministro del gas siberiano exportado a China, y doy fe de su definición por un observador ruso, como "drama de dimensiones shakesperianas": tardaron años en ponerse de acuerdo sobre los precios y el ambiente en la delegación rusa era de una monumental irritación.

Rusia no desea ser "hermano menor" de China. En realidad ese es un papel que ninguna nación con identidad de potencia desea. Pero en el caso de Rusia, que fue "hermana mayor" de China en el pasado, ese intercambio de papeles con alguien que ahora tiene una economía que multiplica por lo menos cinco veces la propia, resulta particularmente complicado. La hipótesis de convertirse en algo parecido al gasolinero de China, con la servidumbre que ello conlleva, es desestimada por los expertos rusos con un optimismo verbal de puertas afuera que no se corresponde con las inquietudes internas que suscita en Moscú el horizonte de una correlación de fuerzas tan desigual con la pujante China.

“No creo que haya un serio riesgo de que Rusia acabe metida en una dependencia estratégica hacia China. Ninguna dependencia de un poder exterior es aceptable para Rusia cuya anhelada pasión de soberanía que le impide ser “hermana menor” de nadie, es bien conocida”, dice Sergei Karaganov, presidente del Consejo de Política Exterior y de Defensa de Rusia. La identidad euroasiática de Rusia le permite sintonizar con su vecino oriental, dice Karaganov:

“Siendo culturalmente sobre todo europea, Rusia es mayoritariamente asiática política y socialmente. Sin una centralización excesiva, sin un poder autoritario fuerte y sin Siberia con su riqueza infinita, el país no sería lo que es hoy y lo que define su código genético como una gran potencia. Aunque existen diferencias culturales colosales, Rusia y China tienen muchas cosas en común en la historia. Hasta el siglo XV, ambos fueron partes conquistadas del Imperio Mongol, el más grande que el mundo haya conocido. La única diferencia es que China asimiló a los mongoles, mientras que Rusia los expulsó, pero absorbió muchas características asiáticas durante los dos siglos y medio de su dominio. Durante los quinientos años de liderazgo de Europa y Occidente, el “carácter asiático” se consideró un signo de atraso. Pero ahora parece convertirse en una ventaja competitiva, tanto en términos de capacidad para concentrar recursos para una dura competencia, como en términos de combatir nuevos desafíos”.

Para el caso de que esas características no impidieran que “China tratara a sus socios como vasallos”, Rusia, India, Turquía, Irán, Japón, Vietnam y muchos otros “se plantarían”, dice Karaganov. Las relaciones de Moscú con “algunos países europeos” y “unas relaciones más estrechas con países asiáticos clave como India, Japón, Corea del Sur, Vietnam, Turquía, Irán y los países de la ASEAN”, servirían para equilibrar y contrarrestar tal intento dominador de China, señala este experto, que concluye citando el proyecto ruso de “gran partenariado euroasiático”, oficialmente apoyado por Pekín, como “un sistema de relaciones políticas, culturales y civilizatorias igualitarias” en el que China solo sería “*primus inter pares*”.

Sería bueno para Rusia que el tiempo confirmara este encaje de bolillos…

Pragmatismo chino

Por parte China, no hay el más mínimo deseo de entrar en una lógica de bloques, a la que Rusia está acostumbrada por la inercia de su largo pulso con Occidente durante la fase bipolar de la guerra fría. Las dudas y recelos de Pekín sobre el futuro y la sostenibilidad del actual despecho de Rusia hacia el resto de aquellos “demonios extranjeros” solo pueden ser enormes. Al mismo tiempo, esas dudas no impiden la actitud instrumental que las circunstancias imponen: “China y Rusia no tienen intención de formar una alianza militar porque no resolvería los desafíos integrales que ambos países encaran, (pero) mientras cooperen estratégicamente pueden generar una efectiva disuasión y un común esfuerzo para lidiar con problemas específicos, resistir los intentos de anular a ambos países y frenar la mala conducta internacional de Estados Unidos”, señala un comentario editorial del diario chino *Global Times*.

Una alianza militar solo sería una última opción para la peor de las situaciones: “si Estados Unidos u otro país lanzara una guerra que obligara a China y Rusia a luchar juntas”, dice el experto del Instituto de Estudios de Rusia, Europa Oriental y Asia Central de la Academia de Ciencias Sociales china, Yang Jin.

Entre Rusia y China está la estepa, la gran pradera de Asia Central, habitada por pueblos de

tradición nómada pastoril. Mongoles, kazajos y kirguizes mantienen con China la tensión que siempre ha caracterizado la relación entre pastores y agricultores. Mongolia es seguramente el país de la región en el que es más viva la prevención hacia China, pero en casi todas las ex republicas soviéticas de Asia Central existe una antigua desconfianza hacia lo chino. Al día de hoy ese sentir no ha dado lugar a grandes tensiones ni incidentes. Lo poco que ha habido ha sido ampliamente explotado y divulgado por los medios de propaganda occidental en lenguas locales, los servicios de la BBC, los viejos aparatos de la CIA como *Radio Svoboda*, *Radio Free Asia* y similares. Los motivos suelen ser el extractivismo chino de recursos naturales locales, en Kirguizstán, o el maltrato de la minoría kazaja (junto a los uigures) de Xinjiang, en Kazajstán, pero el potencial está ahí y podría activarse para desestabilizar una región de cierto condominio ruso-chino.

¿Un 1972 a la inversa?

Tanto en Moscú como en Pekín se habría preferido mantener una política bilateral estable con Washington en lugar de establecer la actual alianza, pero el requisito de tal política es el reconocimiento de los intereses nacionales de Rusia y China por parte de Estados Unidos. Eso significa una administración diplomática, es decir pactada y negociada, de las diferencias. Al día de hoy eso no es posible, pues Washington no reconoce sus propios límites y su política está secuestrada por un *militarismo estructural* que viene determinado por el enorme peso político de su complejo militar-industrial en las decisiones de la política exterior, en las cámaras representativas y en la presidencia del país. Eso hace que las políticas de fuerza (sanciones guerra híbrida y presión militar) vayan claramente por delante del diálogo, la negociación y la búsqueda de acuerdos. Si eso cambiara, tendría consecuencias inmediatas en la actual ecuación y muy en particular en la actitud de Rusia. ¿Puede cambiar? De momento no hay el más mínimo atisbo de democratización del sistema político de Estados Unidos (y en definitiva cancelar ese *militarismo estructural*, presupone precisamente eso), pero en el futuro no lo sabemos.

La mentalidad del dominio europeo y norteamericano del mundo, grabada en la conciencia occidental desde la Revolución Industrial y el colonialismo, es la de que poderío mundial equivale a sometimiento del otro. Esta primitiva mentalidad, completamente inservible para los retos del Siglo XXI, es la que convierte en aterradora para quien la suscribe cualquier perspectiva de ascenso de potencias emergentes que antes no contaban nada. Desde esa mentalidad es manifiesta la estupidez estratégica que supone el hecho de que Estados Unidos incentive con su doble hostilidad una alianza de China con Rusia perfectamente evitable. Paradójicamente, fue el candidato Donald Trump quien en una declaración de 2015 enunció ese absurdo antes de convertirse en uno de los presidentes más nefastos e inquietantes de la historia de Estados Unidos:

“Una de las peores cosas que le podrían ocurrir a nuestro país es que Rusia sea empujada hacia China. Nosotros la hemos incitado a aliarse con China, vean los grandes acuerdos petroleros que están ultimando. Nosotros les hemos unido y es una catástrofe para nuestro país. La incompetencia de nuestros gobernantes les ha hecho ser amigos”.

Hace casi medio siglo, cuando el Presidente Nixon y su Secretario de Estado, Henry Kissinger, alteraron en 1972 la correlación de fuerzas mundial ofreciéndole a China una normalización de relaciones para incrementar la presión contra la URSS, el propio Kissinger consideraba a los chinos, “tan peligrosos como los rusos”. “Dentro de cierto periodo histórico, incluso serán más peligrosos que los rusos”, profetizaba. “En veinte años”, le decía a Nixon, “su sucesor (en la Casa Blanca) tendrá que terminar inclinándose hacia los

rusos contra los chinos". "Ahora", decía, "necesitamos a los chinos para disciplinar a los rusos", pero en el futuro será al revés. Cuarenta y cinco años más tarde, en sus últimos años, el viejo Kissinger insistía en aquella idea al propugnar que, "Rusia debe ser percibida como un elemento esencial de cualquier nuevo equilibrio global y no como una amenaza para Estados Unidos".

Pese a la recuperación nacional que Rusia ha experimentado con el Presidente Putin, los indicadores generales de su potencia apuntan a la baja. Dejando de lado los problemas de su estructura económica (excesivamente centrada en la exportación de hidrocarburos) y de su sistema político, la tendencia de su potencia va claramente a menos. Su zona de influencia en Eurasia continúa reduciéndose: Ha perdido Ucrania. Moldavia más bien se orienta a Occidente. En Asia central sanciona un condominio de influencias con China. Turquía comienza a intervenir militarmente en Transcaucasia, como se ha visto en la última guerra por el Alto Karabaj. Y el colmo es que hasta en la fiel y segura Bielorrusia, harta de su caudillo para el que Moscú no parece tener alternativa, se erosiona el antes sólido prestigio ruso. Bielorrusia ya es para Rusia zona en disputa con Polonia, un enemigo histórico de Moscú que antes era insignificante pero que ahora, integrado en la Unión Europea al igual que las pequeñas repúblicas bálticas, envenena el ambiente y causa problemas...

Desde este punto de vista, unas relaciones normalizadas con Estados Unidos serían agua de mayo para Moscú. Al mismo tiempo contrarrestarían el poderío de un crecido vecino oriental con el que mantiene una larga frontera de 4200 kilómetros y una enorme desproporción de potencia económica llamada a ir en aumento.

Devolverle a China *un 1972* de la mano de Estados Unidos, es una posibilidad muy racional y llena de ventajas para Moscú. Rusia y China no tienen por qué ser "amigos para siempre". Pero para romper su actual alianza sin confianza se necesita un mínimo de parte de Estados Unidos y de su impotente apéndice, la Unión Europea. Y de momento no lo hay. De esa ausencia resulta la principal consistencia de la actual cooperación entre Moscú y Pekín.

Rafael Poch

Rafael Poch: *Fue corresponsal de La Vanguardia en Moscú, Pekín y Berlín. Autor de varios libros; sobre el fin de la URSS, sobre la Rusia de Putin, sobre China, y un ensayo colectivo sobre la Alemania de la eurocrisis.*

La fuente original de este artículo es Rebelión
Derechos de autor © Rafael Poch, Rebelión, 2021

Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook
Conviértase en miembro de Globalización

Artículos de: **Rafael Poch**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca